

la, o tanto más impersonal se vuelve aquélla. Así, no se puede hablar aquí, como hace Scheler, de grados de personalidad creciente, sino sólo de grados de personalidad decreciente. Sólo el individuo humano en cuanto tal es conciencia, y sólo él es genuina persona. Lo que por encima de él se designa todavía como persona, sólo ha de entenderse simbólicamente. El concepto de persona jurídica tiene en la jurisprudencia su buen sentido, porque expresa una responsabilidad común. Pero nadie concebirá la persona jurídica como un ser efectivamente personal.

Teorías de la índole de la que acaba de exponerse las hay en número considerable. En múltiples formas del panteísmo se ha intentado el mismo elevarse sobre la conciencia humana. Todas estas teorías desembocan en admitir para el mundo entero, incluyendo la Divinidad, la misma unidad que es característica del hombre. Todos estos sistemas panteístas, con que nos encontramos, por ejemplo, en el estoicismo antiguo, en plena edad de la escolástica, y en Giordano Bruno y en Spinoza, anulan la actividad propia y la libertad del hombre. Ya Crisipo tuvo que dejar sin resolver el problema de la libertad humana. El panteísmo nunca ha tenido, en ninguna de sus formas, más ventaja que la de poder construir una imagen del mundo especialmente dotada de unidad. Pero por ello tienta —aún hoy— con especial facilidad a la altanera fe de la *ratio* en la posibilidad de resolver todos los problemas. Mas no subsiste ninguno de estos sistemas. La ciencia exacta muestra claramente su insostenibilidad, y en contraste con ellos llama justamente la atención sobre el hecho de que hay muchos restos de problemas que no podemos resolver hasta el fin.

Siglo III a.d.J.

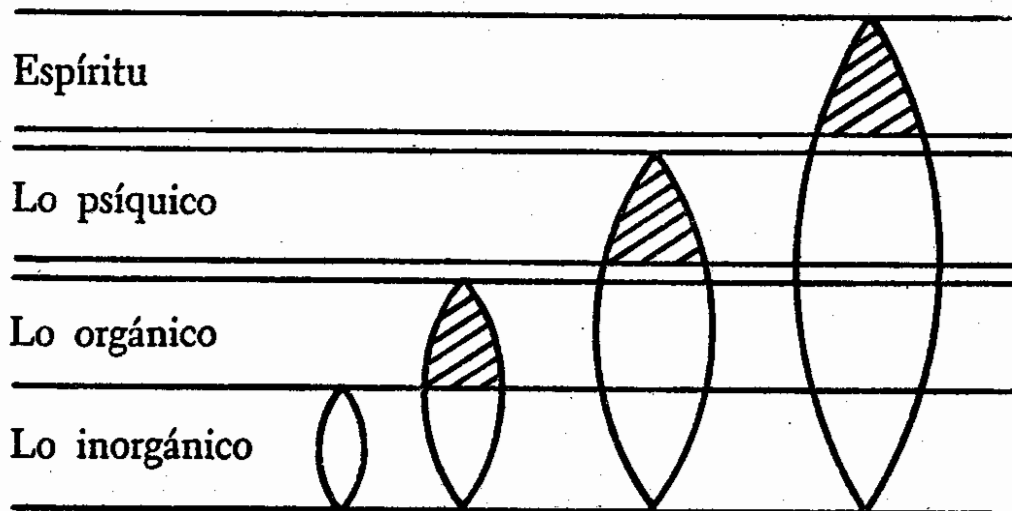
3. *Sobre la fábrica del mundo real*

Si queremos considerar el puesto del hombre en la naturaleza, no debemos acercarnos a nuestro tema tan sólo bajo puntos de vista antropológicos y éticos; tenemos que situarnos ante todo en el terreno de la ontología, la doctrina del ser, de la fábrica de este mundo. Pues no para sí solo está el hombre

ahí, sino exclusivamente en su inclusión dentro de este mundo; el hombre surge únicamente dentro de este mundo. Y todo lo que en el curso de su desarrollo se forma y crece en él es siempre renovada adaptación en el sentido de que él se impone y en su desarrollo llega cada vez más alto. No hay ningún desarrollo que tenga lugar, como pensaba Leibniz que era posible en las mónadas, desde dentro, sin entrar en contacto con los valores. El hombre está inserto en el ser que lo circunda e influido constantemente por éste. Si se alteran las condiciones de vida externas, tiene el organismo, o que sucumbir, o que adaptarse, como han sucedido ambas cosas en innumerables casos. En este estado de cosas tienen su raíz una inabarcable multitud de problemas que son ante todo ontológico-categoriales. En esta serie de problemas entra como algo muy esencial la cuestión de la fábrica del mundo real en que se halla el hombre no acabado ni aislado, sino ligado a él en numerosos actos trascendentes.

Es fácil ver que el mundo real no se agota en una única y uniforme forma de ser, sino que constituye, antes bien, una gradación. Ya en Aristóteles se encuentra la idea de un orden gradual que marcha a través del mundo entero, que va desde la materia ya especializada, pasando por el cuerpo físico, el cuerpo orgánico y el ser vivo animado, hasta el ser vivo político (*ζῷον πολιτικόν*—*zoon politikón*), el hombre, que por su lado puede alcanzar grados todavía más altos. Pero contra esta gradación del mundo puede alzarse un reparo de mucho peso. Si, por ejemplo, el hombre fuese un estrato nuevo e independiente, no podría tener en sí nada material, como es innegablemente el caso, ni ser tampoco un cuerpo orgánico, ni siquiera un ente psíquico y espiritual. Sin duda alguna, es el mundo una gradación, pero no hay que confundir esta gradación, esta estratificación, como mejor decimos, con los grados de los entes. Los entes superiores de que consta el mundo, la planta, el animal, el hombre, la nación, están ellos mismos estratificados; los estratos de los que se integra la fábrica del mundo, pueden mostrarse también en ellos. Así es el hombre un ser material, orgánico, psíquico y espiritual, constando de cuatro estratos. Y también la comunidad humana, la *πολις* (*polis*) griega, por ejemplo, tiene en su si-

tuación geográfica una estructura material, tiene su vida orgánica, sus impulsos y necesidades, de los que brota su mundo económico, y tiene también una vida psíquica y una vida espiritual. Los animales superiores y la conciencia prehistórica y sin espíritu del hombre tienen tres estratos, el animal inferior y la planta dos.



Pueden sentarse (como debe poner en claro el dibujo) cuatro estratos en el mundo real: la materia (lo inorgánico), lo orgánico, lo psíquico y el espíritu. Por la extensión es el estrato material el mayor. Cuanto más alto el estrato, tanto menos difundido está. Sólo sobre una pequeña parte del ser inorgánico se erige el orgánico, y de nuevo sólo en los organismos más altamente desarrollados se encuentra lo psíquico, y sólo en una especie de los seres vivos animados hay espíritu.

Al reino de lo inorgánico pertenece el cosmos entero, que se nos presenta como un orden múltiplemente escalonado de complejos dinámicos encajados unos en otros. La serie de éstos va de los electrones, protones y neutrones, pasando por el átomo, las moléculas y las macromoléculas, hasta los complejos de dimensiones cósmicas, los sistemas planetarios, los cúmulos estelares y las nebulosas espirales, de las que las últimas formaciones, las mayores, quizá están unidas a su vez en complejos todavía mayores.

Sobre el reino de lo material se levanta el de lo orgánico. Entre los dos estratos existe una relación bien visible. Las formaciones del estrato superior se componen de las del estra-

to inferior y las utilizan como sillares para su propia fábrica. Cuando complexos del estrato inferior vienen a ser así elementos de la fábrica de los complexos del estrato superior, hablamos de una "relación de sobreconformación". El estrato orgánico sobreconforma el inorgánico. La expresión "sobreconformación" descansa en que no se pierde nada de las formaciones del estrato inferior en las superiores. Pero esto sólo es posible si la estructura categorial es la misma en ambos estratos. En la relación de sobreconformación tienen las categorías del estrato inferior que pasar todas al superior. Podemos observar esta relación, por ejemplo, en las categorías de espacio y tiempo; exactamente como la materia, es también el organismo una formación espacial y temporal. Reconocemos el paso hasta el estrato superior también en la categoría de proceso y en la categoría de estado, pues no sólo la naturaleza inorgánica está sometida al proceso que se conserva constantemente mientras cambian los estados en él, sino también la orgánica. También las categorías de la causalidad, de la acción recíproca y de la ley natural —esta última quiere decir que en la naturaleza hay algo general que retorna en los casos individuales; es lo único que nos da la posibilidad de penetrar con nuestro entendimiento en la naturaleza— se presentan pasando al otro estrato. — Si, por un lado, vuelven a encontrarse todas las categorías del estrato inorgánico en el orgánico, hay, por otro lado, en el último categorías que aún no habían aparecido en el primero. Una categoría tal, que aparece como nueva en el estrato superior, la llamamos un *novum*. También de estas categorías, que son las únicas que constituyen propiamente la esencia de lo orgánico, diferenciándolo del cuerpo meramente físico, pueden aducirse ejemplos. Así, aparecen como nuevas en lo orgánico las categorías del metabolismo, de la asimilación, la desasimilación y la reproducción de los individuos singulares. Los organismos se llaman justamente "seres metabólicos", y se diferencian de lo inorgánico precisamente porque introducen en sí materias de su circundancia y así compensan el constante consumo. En la asimilación se construye con la materia la forma orgánica y en la desasimilación se destruye a su vez. También el proceso morfogenético es un *novum* que aún no

se encuentra en la materia, pues el proceso creador de formas es algo enteramente distinto de la mera determinación causal. La ley de la conservación de la especie es un sacrificio de la vida individual a la conservación de la especie en esta peculiar forma; pues la categoría de sustancia del estrato material, que efectúa también una conservación, es, sin embargo, de una especie del todo distinta. Como la más importante de las categorías que aparecen con carácter de nuevas en lo orgánico mencionemos, por último, la autorregulación del proceso. El no funcionar ya esta autorregulación significa para el organismo una enfermedad. — Todos estos *nova* cooperan con las antiguas categorías, tal que no excluyen las formaciones de naturaleza inferior, sino que las acogen en sí y les dan una forma más alta, tal que aquí existe, pues, la relación de sobreconformación en un amplio sentido literal.

Sobre lo orgánico se eleva el estrato de lo psíquico, que hace su aparición como conciencia. Este estrato constitutivo de la conciencia no es todavía el espíritu, sino que se destaca claramente de éste. Lo psíquico jamás ocurre solo, como sabemos, sino exclusivamente junto con los dos estratos inferiores, descansando en ellos, sustentado por ellos. Se suscita, pues, la cuestión de si entran también en lo psíquico las categorías de lo material físico y las de lo orgánico. — Del reino de lo psíquico es característico ser un reino interior, un mundo inmaterial, inespacial, cuyos contenidos tampoco pueden aprearse matemáticamente, como es ello posible en los estratos inferiores. Los esfuerzos de Fechner por aplicar la matemática a la aprehensión de lo psíquico no pudieron conducir a ningún resultado positivo sostenible. Ni siquiera se sabe qué haya que representarse por su ley logarítmica de las intensidades de las sensaciones. — Como de aquí resulta, se inicia, pues, con lo psíquico, un estrato del todo heterogéneo. El límite especialmente tajante con el estrato orgánico fue conocido ya desde antiguo, por ejemplo, en Descartes, Spinoza, Geulincx y Leibniz, como "línea divisoria psicofísica". El abismo entre el alma y el cuerpo pasa incluso en aquel tiempo del todo al primer término y se convierte en el gran problema del siglo xvii. También para nosotros se trata aquí de

uno de los problemas más esenciales de toda nuestra comprensión del orden categorial del mundo real.

El espacio, la sustancia material y la estructura matemática, no pasan de los estratos inferiores hasta el de lo psíquico. Lo psíquico no puede componerse de formaciones de lo inorgánico, ni tampoco de lo orgánico. Esto significa que los actos del ser psíquico, pensamientos, sentimientos, voliciones, deseos y anhelos, no constan de átomos ni moléculas, sino de algo del todo distinto. Igualmente se diferencian también las representaciones que se forman en nosotros a los fines del conocimiento de los objetos, radicalmente de estos objetos, estando, dicho figuradamente, "hechas de una materia del todo distinta". Muchas categorías de lo material físico y de lo orgánico no retornan, pues, en lo psíquico. Las leyes naturales que reinan en los dos estratos inferiores dejan en su mayor parte de actuar en el reino de lo psíquico. Patentemente, no se trata, pues, aquí de una relación de sobreconformación, como la que pudimos hacer constar entre el estrato inorgánico y el orgánico. Más bien existe algo así como una sobreconstrucción. Lo psíquico está, sin duda, vinculado al estrato físico, no pudiendo existir sin éste, pero es, sin embargo, radicalmente diverso de éste; la *cogitatio*, como lo expresó Descartes, es, justo, una sustancia distinta de la *extensio*. Vamos a llamar la relación entre estos dos estratos una "relación de sobreconstrucción" (en oposición a la relación de sobreconformación). El límite de los estratos tiene que dibujarse, si se quiere representarlo esquemáticamente (p. 121), como una raya doble, a fin de dar expresión al límite mucho más tajante y radical (comparado con el medianero entre lo inorgánico y lo orgánico). Tenemos que admitir, al menos provisionalmente, este gran abismo, aunque quizá tampoco esté excluido el haber también aquí pasos, tal como ya se ha estrechado el espacio intermedio entre lo inorgánico y lo orgánico, entre las más altas moléculas inorgánicas y lo viviente, con el descubrimiento de los virus.

Pero si ninguna de las categorías de lo orgánico asciende hasta penetrar en lo psíquico —se puede preguntar ahora— ¿empieza aquí efectivamente un solo y gigantesco *novum*? Lo que se pone de manifiesto es haber perfectamente toda

una serie de categorías de lo inorgánico y lo orgánico que pasan a lo psíquico, por ejemplo, la causalidad, la acción recíproca y también las categorías de proceso y de estado; pues también la vida psíquica consiste en una serie de estados y transcurre en un proceso que está ligado al tiempo — lo que a la vez indica que también vuelve a encontrarse en lo psíquico la categoría de tiempo. Así rompe toda una serie de categorías la relación de sobreconstrucción y hace de ésta una relación de sobreconformación — pero sólo en pequeño, pues la relación de sobreconformación requiere el traspaso de todas las categorías. Y éste no es justo aquí el caso. Los procesos psíquicos no se componen de fisiológicos, aunque exista entre unos y otros una cierta conexión enigmática. La relación de sobreconstrucción se diferencia de la relación de sobreconformación porque en ella sólo una parte de las categorías del estrato inferior se traspasa hasta el superior.

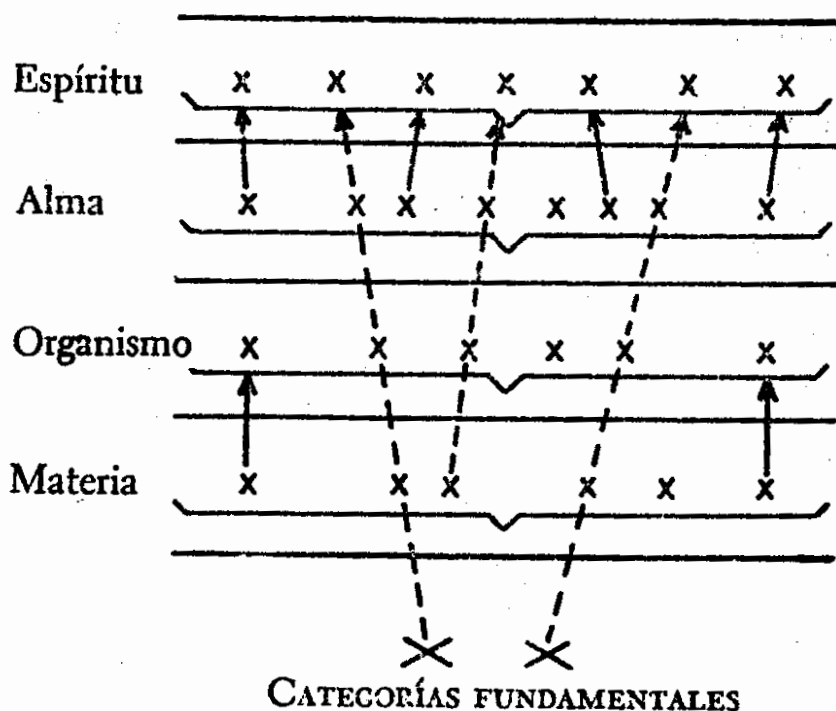
Como será ya visible por lo expuesto aquí, no es, patentemente, exacto el antiguo dicho escolástico: "*Simplex sigillum veri.*" Pero las más de las teorías metafísicas han intentado, justamente, derivar el mundo de un principio. En ello estuvo su error. Pasaron por alto que los principios mismos son complejos y están en sí estratificados, y que el mundo tiene por ello necesariamente su estructura estratificada.

En los tres inferiores de los cuatro estratos de que consta la fábrica del mundo real, hemos ya entrado. Entre lo orgánico y lo psíquico habíamos reconocido una relación del todo especial, divergente de la relación existente entre lo inorgánico y lo orgánico. La misma relación, es decir, la misma enérgica separación, encontramos todavía una vez entre el estrato psíquico y el espiritual. La diferencia de principio entre el estrato psíquico y los dos inferiores consiste en la inespacialidad, la interioridad de los contenidos psíquicos. Lo espiritual se destaca a su vez de lo psíquico principalmente por su supraindividualidad. Toda esfera psíquica es individual. El hombre no puede trocar su conciencia ni los contenidos psíquicos de ella por la conciencia y el contenido de la conciencia del prójimo. Si en la región psíquica impera el principio de la individualidad, éste no es válido en la región del espíritu. El espíritu es, en un amplio sentido, común. Comunes

son el espíritu de una época, de una nación; comunes son las leyes morales vigentes en una época, y común es también la religión por todos recibida y creída; pues no se inventa su religión el individuo humano, sino que cada cual recibe, antes bien, algo del ser espiritual que le rodea. Sólo por la transmisión de generación en generación es posible la persistencia del espíritu. No hay una herencia del espíritu; únicamente puede heredarse la disposición para él. Si un niño trae consigo la disposición para hablar, lo cierto es que aprende el lenguaje gracias a su circundancia, recibiendo lo que se le transmite gracias a que crece dentro de la esfera común del lenguaje. Mediante el transmitir y el recibir se propaga el lenguaje, en trance de constante evolución de un siglo a otro. Así se transmite también la ciencia de una generación a otra, y así crece y se conserva todo lo que cae dentro del dominio del ser espiritual.

El modo de la persistencia es, pues, para el espíritu enteramente distinto que para lo material, para lo viviente e incluso que para lo psíquico. Los elementos del ser espiritual no necesita encontrarlos el individuo mismo, sino sólo aceptarlos; pero tiene que apropiárselos en un tedioso y trabajoso proceso; de otra suerte no es posible la persistencia del espíritu. — La esfera toda de lo espiritual no puede ser abarcada por una sola cabeza; tampoco en los comienzos de la ciencia fue ello posible. A pesar de todo, forma el espíritu una unidad, un gran orden, que hace posible reconocerle también en otros lugares, cuando se ha penetrado en él en un lugar. — Una importante categoría nueva de este supremo estrato es, como resulta de las consideraciones que se acaba de hacer, la conservación por medio del transmitir y recibir. En el lenguaje se lleva a cabo la trasferencia por medio de un mero crecer dentro de él, en la ciencia por medio de un continuo aprender. La moral es acogida por la generación joven pasando ella misma a través de situaciones que piden una decisión y tomando parte en las valoraciones de los más viejos. En cada estadio de su vida es el hombre susceptible de nuevos valores. Y también el arte, por último, se trasporta por un camino análogo de una generación a otra. — La peculiaridad de la esfera espiritual resulta fácilmente concebible cuando se le entiende

con Hegel como "espíritu objetivo". Tan sólo no se debe repetir el error de Hegel, considerando el espíritu como sustancial y los individuos como sus meros accidentes. Pero la objetividad, la generalidad, es una indispensable categoría más del espíritu. Es la condición única bajo la cual puede tener lugar el conocimiento en general. Las categorías del *ethos*, los más de los actos trascendentes —el amar y odiar, respetar y despreciar— son actos espirituales y en cuanto tales únicamente posibles en una esfera coherente del ser espiritual. También el obrar, la imputación de culpa y mérito y el verdadero libre albedrío caen dentro del dominio del ser espiritual y son más pruebas documentales de sus categorías.



Consideremos ahora una vez más los cuatro estratos todos en su relación mutua. En cada grado tropezamos con nuevas categorías que aún no había en el estrato inferior. Otras categorías pasan a través de algunos estratos o de todos, por ejemplo, la causalidad, la acción recíproca y el tiempo. La interrupción de numerosas categorías es particularmente llamativa en la línea divisoria psicofísica; allí cesan la estructura matemática y la espacialidad.

La fábrica del mundo real está determinada por las categorías. A cada estrato de lo real corresponde un estrato de categorías. Pero hay todavía por encima categorías que no se agotan en los cuatro estratos de lo real, sino que van más allá de ellos. Son categorías fundamentales que hay que pensar situadas por debajo del estrato real de lo material (dibujo). Las categorías fundamentales forman la base de la fábrica de los cuatro estratos todos y son en cierta manera principios de las categorías de los dominios más especiales. Cuentan entre ellas las categorías de la modalidad y un grupo de categorías elementales que se componen de pares de contrarios, tal como la forma y la materia —la materia es siempre aquello que puede sobreconformarse, y toda forma es a la vez materia para la forma superior inmediata—, como el elemento y el complejo, la unidad y la multiplicidad, lo continuo y lo discreto y la cualidad y la cantidad.

El tercero y más importante grupo de las categorías fundamentales está formado por todo un sistema de leyes categoriales que determinan la estructura del reino de las categorías y que, por tanto, son también las leyes conforme a las cuales se construye la fábrica del mundo real. No queremos decir que con estas leyes categoriales tan importantes lo hayamos aprehendido ya todo, pero sí creemos mostrar con ellas lo que en el fondo es típico de la fábrica del mundo real. No incurriremos en el error de las viejas construcciones metafísicas, representándonos el mundo demasiado simple; no intentaremos, como el idealismo —la metafísica desde arriba— o el materialismo —la metafísica desde abajo— explicar el mundo por un principio. Vemos claro que la unidad del mundo, que sólo es posible como unidad de una complejidad, tiene que acecharse y sorprenderse y no debe construirse.

En la serie de las leyes categoriales pueden ponerse por lo pronto de manifiesto cuatro leyes categoriales de la estratificación.

1. La ley del retorno. Hay en cada estrato inferior categorías que retornan en el superior. Algunas categorías retornan en todos los estratos. Pero de ninguna suerte atraviesan todas las categorías de los estratos inferiores hasta los superiores. La ley del retorno únicamente se convierte en una verdadera

ley añadiendo que el retorno sólo es posible de abajo a arriba, es decir, que sólo categorías del estrato inferior pueden retornar en el superior, pero no a la inversa. No hay una sola categoría que haga travesía de arriba a abajo. Sin duda puede muy bien ser que el alma logre poder sobre lo material, que someta al cuerpo a la norma de su ser superior, como lo expresaron los antiguos con la virtud de la *σωφροσύνη* (*sophrosyne*); pero esto no significa una ingerencia de las categorías de lo psíquico en las de lo orgánico e inorgánico. No se alteran las categorías de los dos estratos inferiores. Justamente contra esta ley de la irreversibilidad del retorno se ha pecado con frecuencia. Así, por ejemplo, intentó Schelling hacer del espíritu con sus categorías la base de lo orgánico e incluso de lo inorgánico. Un "espíritu gigante", un espíritu cósmico inconsciente se conoce y se piensa, como expone Schelling en su teoría, en múltiples formas naturales y viene por último en el hombre a tener conciencia de sí. Con el desarrollo de esta idea se creó una imagen del mundo que, sin duda, es admirablemente hermosa, pero que no responde ni poco ni mucho a lo existente efectivamente. Mas en la filosofía se trata, justo, de esbozar una imagen efectiva del mundo que nos dé la posibilidad de orientarnos en él. — El más frecuente de los errores que se han cometido al hacer descender categorías de estratos superiores a estratos inferiores, consiste en el transporte de las categorías de la actividad final al ser material — prescindiendo enteramente de la introducción de las categorías de la actividad final en lo orgánico. Con este error acabó por primera vez Kant en la *Crítica del juicio*. — Una vieja expresión para el hacer descender categorías de estratos superiores, peculiares del hombre, a estratos inferiores, es "antropomorfismo".

2. *La ley de la variación*. Las categorías que retornan y traspasan estratos retornan variadas. Ya no son en el estrato superior las mismas que en el inferior. Así es, por ejemplo, la causalidad en el estrato psíquico del todo distinta que en el reino de lo material físico, y, sin embargo, sigue tratándose de causalidad.

3. *La ley de lo "novum"*. En cada estrato empiezan nuevas categorías. Únicamente gracias a esto se destacan los estratos

unos de otros, únicamente gracias a esto encuentra su expresión la diferencia entre lo inorgánico y lo orgánico, entre lo orgánico y lo psíquico, etc. Pero esta ley de ninguna suerte quiere decir que todo lo que tiene validez en un estrato superior sea una nueva ley. Esto pecaría contra la ley del retorno, que sin duda alguna es válida también aquí.

4. *La ley de la distancia de los estratos.* Existe una cierta distancia entre los estratos. No podemos construir sin más una transición continua de un estrato al otro. Pueden esperarse ciertas transiciones, por ejemplo, en el límite entre lo material y lo orgánico. Entre lo orgánico y lo psíquico, a su vez, parece un límite muy inverosímil. Frente a las relaciones de sobreconformación, que indican más bien una conexión, ostentan las relaciones de sobreconstrucción una clara distancia de los estratos.

Estas cuatro leyes solas aún no bastan. Se trata de señalar aún otras relaciones y dependencias entre los estratos. En demostrar tal dependencia se esforzó siempre la antigua metafísica. No le importaba al materialismo que se pudiesen explicar también los estratos superiores a la manera de lo material, sino que el estrato ínfimo representara no sólo lo sustentante, sino también lo determinante de todo. Por el otro lado quería el idealismo probar una dependencia de los estratos inferiores respecto de los superiores. Ninguna de ambas concepciones responde a lo efectivamente existente. Por una justa formulación de las dependencias efectivamente existentes se esfuerzan las cuatro leyes siguientes.

5. *La ley de la fuerza.* Las categorías inferiores son los supuestos de las superiores. Éstas únicamente pueden edificarse sobre aquéllas. Las categorías del estrato inferior son las más fuertes; no hay potencia del estrato superior capaz de anularlas. El ser espiritual es, sin duda, capaz de tratar diestramente con los procesos naturales y hacer de ellos medios para lograr sus fines — pero sólo sobre la base del supuesto de comprender las leyes de la naturaleza. De reformar las leyes no es capaz. Así, tampoco puede el organismo, al traer a sí con la recepción de alimento constantemente energía del mundo circundante, alterar esta energía, sino sólo, adaptán-